

Y reparados razonablemente
De cosas necesarias al camino,
A su casa llamó toda la gente
Deste lugar y la que con él vino,
Con intención de les hacer patente
Su cierta voluntad y su destino;
Y después de comunes prevenciones,
En suma les habló tales razones:

«Carísimos hermanos y señores,
A quien yo tengo por amadas prendas,
Bien veis que por buscar otras mejores
Dejastes vuestras casas y haciendas,
Y á trueco de trabajos y sudores
Colocaros en prósperas viviendas,
Do fuese la labor de vuestras manos
Heredera de premios soberanos.

»Pero lo descubierta no da muestra
Para que tal efecto se consiga
En esta parte, donde vuestra diestra
Jamás temió peligro ni fatiga;
Y es menester que la jornada nuestra
Mucho mas adelante se prosiga,
Hasta poder hacer algún empleo
Donde satisfagamos el deseo.

»Parar aquí fué cosa conveniente,
Porque no se sufría salir antes,
Hasta tener caballos y mas gente,
Y noticia de tierras abundantes:
Tenemos ya recado suficiente
Y guías que parecen ser bastantes;
Ansimismo tenemos en la mano
El apacible tiempo del verano.

»Está la gente bien apercebida,
Y á causa del trabajo tan continuo,
Aquellos que escaparon con la vida,
Muy mas purificados que oro fino:
Al fin punto de honra nos convida
A que ya nos pongamos en camino;
Demás desto riqueza, gloria y fama
Se llega por momentos y nos llama.

»En mí terneis en toda la conquista
Medido capitán y buen amigo;
La muestra desto ya la teneis vista,
Con otras muchas cosas que no digo:
Conviene pues hacerse luego lista,
Y ver los que podrán salir conmigo;
Y cualquiera persona baja ó alta
Pida, que yo daré lo que le falta.

»Todos comiencen á hacerse prestos,
Y á la lista que digo se presenten;
Mas los casados y los indisuestos
No quiero que en la nómina se cuenten,
Pues quedarán soldados con aquestos
Que los sirvan, regalen y sustenten;
Y si nos diere Dios lo que le ruego,
El socorro y remedio verná luego.

»Dejamos ya de paz esta frontera;
Y como con agravios no se tiene,
Andando los demás por allá fuera,
Se podrán sustentar mas largamente;
Y gobernallos ha con paz sincera
Aquel que yo les dejo por teniente,
Que es el jurado Leiva, de quien siento
Toda modestia y buen comedimiento.

»Queda Bartolomé de Santillana
En Coro con poderes muy bastantes,
Varon que nunca supo ser mañana
En socorrer negocios importantes:
Antes acudirá de buena gana
Si se rebelan indios circunstantes;
Y sé que ya por paz, ó ya por guerra,
Os asegurará toda la tierra.

»Confiado de tales amistades,
Ningun temor me da la larga via,
Conociendo de vuestras voluntades
Estar siempre conformes con la mia:
Dad orden pues á las necesidades
Para poder salir al sexto dia,
Y el caballero y el peon ordene
Lo que para su rancho le conviene.»

A su razonamiento dados fines,
Con determinacion ya rosoluta,
Tocáronse trompetas y clarines,
Y cada cual sus mandos ejecuta:
El Vasconia y el Estéban Martinez
Tomaron á su cargo la miuta,
Que serian doscientos y cincuenta,
Y fueron de caballo los cuarenta.

Apréstase la lanza y el espada,
El escopit, celada y la rodela,
Esperando la hora señalada,
Que por ninguno dellos se recela;
Y ordenaron salir con el armada
A la costa del Cabo de la Vela,
Con determinacion y con intento
De proseguir aquel descubrimiento.

Ya la era del Hijo de Maria,
Mediante movimientos regulados,
Ocho cabales lustros recorría,
Con tres quinientos años acabados,
Cuando la valerosa compañía
Destos descubridores memorados
Se llegaron al término marino
Para prosecucion de su camino.

Luego la costa abajo se despacha
Ambrosio con tal orden de guerrero,
Que no se le pudiera poner tacha
Por otro (de experiencia) mas entero.
Llegaron pues al río de la Hacha,
Que deste nombre tal es heredero
Por una que perdió cierto soldado
Al tiempo que pasaba por su vado.

Llegados al paraje que se trata,
Dieron á su camino mas reposo,
Por hallarse maíz, yuca y batata,
Y ser terreno ya mas abundoso.
Salióles al encuentro Boronata,
Indio guanebucán y belicoso:
Tuvieron un recuento porfiado;
Mas Boronata fué desbaratado.

Dejadas ya las flechas y el poporo
Por el guanebucán feroz, robusto,
Esta gente paupérrima de Coro
Tomaron un poquillo de buen gusto,
Por recoger allí joyuelas de oro
Y ensangrentar las manos el mas justo:
Entonces ansimismo dió cudicia
Del idolo de oro gran noticia.

La fama del cual era no muy flaca,
Y aun todavía por aquellos puestos
Suená su voz, y por razon se saca
Sus miembros ser de buen grandor compuestos,
Pues dicen lo llevaban en hamaca
Diez ó doce gaudules bien dispuestos:
Túvolo Boronata por grandeza
Y por ostentacion de su riqueza.

No faltaron después buenos ventores
Que ventaban la caza por defuera,
Siguiéndola por los alrededores
Hasta las sierras dichas de Herrera;
Mas no fueron tan buenos rastreadores,
Que pudiesen topar la madriguera;
Trabajó su pedazo Castellanos,
Pero también sus pasos fueron vanos.

Eran guanebucanes gente brava,
Y cuando competian dos señores
Seguian al que mas se lo pagaba
Y mejor premiaba sus sudores;
Y tiénese por cierto que ganaba
Quien podía gozar de sus favores:
Fué gente principal, rica, gallarda,
Puesto que la demás era bastarda.

Y así se deseaba por momentos
Dar en guanebucanas poblaciones,
Por ver la majestad de sus asientos,
Demás de recoger en ellos dones
Que hacen á perdidos y hambrientos
Trastornar diversísimas naciones;
Y aquí fueron tan grandes los caudales
De oro, que lo muestran las señales.

Antes fué gran caudal, y en tiempo mio
Un Fernán Sanchez tuvo tal ventura,
Que yendo por orilla deste río
La barranca del hizo hendedura,
Y descubrió frontero de un buhio,
En una muy antigua sepultura,
Una olla con cantidad de oro,
Que fué remedio de su pobre lloro.

Ambrosio pues con esta golosina
Siguió riberas desta y de otras aguas,
Sin le quedar por ver brazos de Urina
Ni sus pequeñas barcas ó piraguas:
Con mano mas sangrienta que benigna
Pasó por los bubures y cendaguas;
E ya de joyas de oro pertrechado,
Al valle de Upar fué, que hoy es poblado.

Fué yo de los primeros pobladores,
Y allí pude tener alguna mano,
Pues padeci trabajos y sudores
Pesados de llevar al cuerpo humano;
Mas á fin de buscar tierras mejores,
Lo que me daban tuve por liviano,
Y cuando conquistar allí me plugo
Mandaba don Alonso Luis de Lugo.

Nombró por capitán al buen Salguero,
Que bien puede gozar deste renombre
Por ser en las virtudes tan entero,
Que no le viene largo mayor nombre:
Deste reino descubridor primero,
Y en la conquista suya cabal hombre;
El cual después como varon cristiano
A las cosas del mundo dió de mano.

Pues él y su mujer Joana Macías,
Que de valor no tiene mentos prenda,
Ofrecieron en medio de sus días
A Dios todo su ser y su hacienda,
Plantando para santas compañías,
En las casas que son de su vivienda,
Un tal y tan ilustre monasterio
De monjas, que lo tengo por misterio.

A él ya le llegó la fatal hora,
Con tal muerte cual fué su santa vida:
Es ella de presente la priora
Con ejemplo y virtud esclarecida,
En la ciudad de Tunja, donde mora,
Y tiene gloria y fama merecida:
Lleve Dios adelante sin zozobra
Una tan santa y tan heroica obra.

Aquesto dije, por venir á cuento,
Del valle de Upar, donde voy entrando,
Y al Ambrosio me vuelvo descontento,
Que lo veo destruyendo y asolando
Con furia de rigor sanguinolento;
Ansimismo caciques abrazando,
Aunque recuentros tuvo no muy flacos
De guanaos, itotos y aruacos.

Potentes escuadrones y ordenanzas
De pedregosas sierras abajaban;
Mas rigurosos hierros de las lanzas
Los encendidos pechos resfriaban
De los que con mas locas confianzas
Caminos comenzados estorbaban;
Al fin, el enemigo ya mas manso,
Tomaron algun tanto de descanso.

Recrearon los cuerpos fatigados,
Aunque siempre con grande vigilancia;
Iban muchos á caza de venados,
De que estos campos tienen abundancia;
Hallaban muchedumbre de pescados
En los rios de aquella circunstancia;
No dejaba también gente lijera
De correr una y otra cordillera.

Recorriendo pues tierra del Upare,
Recogido de oro montoncillo,
Pasó de las zavanas de Zazare,
Y río que llamamos de Vadillo,
Las de Guataporí y Garupare,
Pasando muchos indios á cuchillo,
Y los de Pacabueyes anihila,
Y los de gente blanca y de Chimila.

Siguió mas adelante su camino
Con gente victoriosa y esforzada,
De los cuales no era menos dino
Ni su lanza la menos estimada
Fernando de Alcocer, que es hoy vecino
En este nbevo reino de Granada,
A cuya relacion voy obediente,
Pues él á todo se halló presente.

Micer Ambrosio pues con importuna
Hambre, que no consiente que se trueque,
En seguimiento va de su fortuna,
Mediante relacion de cierto jeque,
Hasta venir á dar al alguna
De la provincia de Tamalameque,
Donde halló de indios muchedumbre,
Que dió luego la paz con mansedumbre.

En una isla destas residia
El indio Cumujagua, generoso,
Que fué señor á quien obedecia
Un número de gente grandioso:
Este los recibió con alegría
Dentro de la ciudad de su reposo,
Adonde por hallar todo remedio
Estuvo con los suyos año y medio.

Tuvieron el recado conveniente,
Sin ofrecerse guerra ni combate,
Y ovieron de los indios buenamente
Mas de cien mil ducados de rescate;
Cudicia, que de males es la fuente,
Y á cosas indebidas nos abate,
Hizo prender al indio caballero
Para poder sacalle mas dinero.

Viendo los indios ya que sobre paces
Usaban de tan ásperas afrentas,
Procuran ordenar guerreras haces
Que de temor pudiesen ser exentas,
Juntando de canoas muy capaces
Un número de mas de cuatrocientas,
Y en ellas embarcaron estas gentes
Tres mil indios gallardos y valientes.

Luego la gran caterva de salvajes
Aprietan en las manos canaletes,
Todos con superbisimos plumajes,
Joyas de oro, pectos, brazaletes,
A las espaldas puestos los carcajes,
Algunos ansimismo con almetes:
Daba la vista deste movimiento
Temores con algun contentamiento.

Ambrosio, que los vió venir al puerto
Con estos capacisimos bateles,
Mandó poner los suyos en concierto,
Cubrir caballos con usadas pieles;
Y cada cual, como varon esperto,
A su caballo puso cascabeles,
Creyendo que por no ver otro tanto
Causaran á los indios gran espanto.

Dejando los caballos abscondidos,
Quiso salir con solos los peones,
El á caballo, solo, con vestidos
De las colchadas armas de algodones;
Y estando por buen orden digeridos,
Llegaron los indianos escuadrones,
Los cuales con gentil brio de guerra
Tomaron todos juntos luego tierra.

El indio capitán, á quien subyecto
Era todo varon que con él vino,
Con ricos brazaletes y con pecto,
Y ansimismo celada de oro fino,
Al Ambrosio dió cuenta del efecto
Porque se conmovieron al camino,
Diciendo: «¿Nuestras obras y halago
Debian merecer aqueste pago?»

»Decid, ingrata gente y extranjera,
¿En las tierras adonde sois vecinos
Acostumbran pagar desta manera
Los que son hospedados peregrinos?
¿Suelen pagar al amistad sincera
Con tan desordenados desatinos?
¿Recompensan el buen acogimiento
Con tan torpe desagradecimiento?»

»Aquí llegastes flacos y hambrientos,
Mal parados de guerras y contiendas;
Salimons de nuestros aposentos
Por daros mas á gusto las viviendas;
Fuestes bien proveidos de alimentos,
Partimos con vosotros las haciendas:
Pues ¿dó se sufre tan dañado pecho
Contra quien tantos bienes os ha hecho?

»Mal puede confiar de fuerte lanza
Una gente tan mal agradecida;
E ya se nos acerca la venganza
Crüel y justamente merecida;
Pues no querrá tan próspera pujanza
Cual veis hacer en balde su venida,
Si no se redimieren vejaciones
Con quitar al cacique las prisiones.

»Y pues aquestos son medios humanos,
Y para desterrar guerras molestas,
No seais temerarios ni livianos
En acudirnos bien con las respuestas;
Y si no, preparad luego las manos,
Porque los indios ya las tienen prestas,
Y en comenzando conoceréis luego
Del arte que jugamos este juego.»

Ambrosio no por esto hizo blanda
Su dura voluntad, mas antes digo
Que á dos ó tres soldados de su banda
Mandó que lo sacasen por testigo
De cuán en poco tiene su demanda,
Pues lo tenía con un piedamigo,
Y cuando salió dijo con voz grande:
«Ninguno de vosotros se desmande;

»Que no me libraré guerra rompida,
Ni yo tal consejo ni tal quiero;
Pues aunque vayan estos de vencida,
Y vuestro poder quede muy entero,
Algunos hemos de perder la vida,
Y está claro que yo caeré primero;
Pues veis las gentes que conmigo vienen,
Y del arte y manera que me tienen.

»Comportemos ahora nuestra suerte:
Que si por fuerza de armas esto fuese,
Por darme vida me dareis la muerte,
La cual huir queria si pudiese;
Y como razon buena los concierte,
Ellos me soltarán sin interese,
Pues aunque me detengan tiempo luengo,
Muy mal les podré dar lo que no tengo.»

Con aquellas palabras se resfria
La cólera de indianos escuadrones,
Puesto que parte dellos insistia
En lo librar de aquellas aflicciones;
Porque lastima grande los movia,
Viéndolo con tan ásperas prisiones;
Y Ambrosio, que á razon no se subyeta,
Hizo luego señal con la trompeta.

Con tal furor caballos ocurrieron,
Que pareció hundirse bajo y alto:
Los indios por tal orden lo sufrieron,
Que ninguno de vida quedó falto,
Y con gentil compás se retrajeron
Sin representacion de sobresalto:
Y hecho de la tierra su desvío,
Se metió cada cual en su navío.

Volvieron sin hacer la diligencia
Que su primera furia deseaba,
Enojos convertidos en paciencia,
Sin que sacasen tiro del aljaba:
Tanto pudo con ellos obediencia,
Por respecto de quien se lo mandaba,
El cual en lo guiar por esta via
Tuvo la libertad que pretendia.

Habia Nicaho, pueblo potente,
Una legua y aun mas desta comarca,
En una cierta isla diferente
Que grande poblacion ciñe y abarca:
Para pasar á ella nuestra gente
No podian haber remo ni barca,
Y el morador tenia por su muro
El agua, do pensaba ser seguro.

Para pasar remedios indagando,
Ambrosio dijo: «Yo me determino
Que vamos todos juntos atentando
Por donde el agua da mejor camino;
Pues ya podria ser que vadeando
Llegásemos al bárbaro vecino.»
Su parecer juzgaron por discreto,
Y luego lo pusieron en efeto.

Camino de la isla van derechos,
Por donde el agua menos impedia;
Al cuello por lo menos ó á los pechos,
Y á vuela pié, segun mejor podia,
Fueron aquestos atrevidos hechos;
Pero llegaron do se pretendia,
Y el bárbaro que pudo hacer guerra
Nunca les impidió tomar la tierra.

Pudiendo con sus barcas ó piraguas
Rodeallos por una y otra banda,
Y antes que se saliesen de las aguas
Dalles una gentil escurribanda;
Mas ellos, fuera de guerreras fraguas,
Esperaron cuál fuese su demanda;
Y así los recibieron blandamente,
Sin conocerse rostro diferente.

Y aun en tierra pudieran ser rompidos,
Por traer los caballos fatigados,
Y no faltos de agua los vestidos,
Pues todos ellos iban empapados;
Pero demás de ser bien recibidos,
Bastantemente fueron regalados,
Y aun aumentaron buenos crecimientos
Al oro, que eran todos sus intentos.

Y trastornando donde se barrunta
Estar algunas joyas del vecino,
Un ataud se vió de una difunta,
Todo hecho de hoja de oro fino:
Esta con lo demás fué luego junta,
Porque dejalla fuera desatino,
Y pesó, segun dicen baquianos,
Cinco mil y quinientos castellanos.

A grandes esperanzas se despierta
La gente, con presea tan subida,
Diciendo que el sepulcro de la muerta
A los que estaban muertos daba vida;
Mas es el ataud memoria cierta
Que pone por delante la caída;
Cebo fué por agora y añagaza,
Pero tal que los vivos amenaza.

De manera que estaban satisfechos
De no poder erralles esperanza
Con muy mayores colmos de provechos;
Pero faltábales fuerza de lanza,
Porque vinieron pobres de pertrechos
Para romper alguna gran pujanza;
Y así se concertó volver á Coro
Con treinta y cinco mil pesos de oro.

A fin de hacer dellos un empleo
De cosas necesarias al armada:
Gentes caballos, armas y el arreo
Que podia pedir larga jornada;
Y para perfeccion de su desseo,
Con gran brevedad fuese la tornada,
Pues con muestra de lo que represento
Ternian presto buen aviamiento.

Nombraron pues para la tal carrera
Veinte y cinco maguanimos soldados,
Los cuales sé decir que donde quiera
Pudieran ser varones estimados:
Estos iban debajo la bandera
De Vasconia, que sigue durós hados,
Y el Ambrosio quedaba con el resto
En la provincia donde hizo esto.

Salieron proveidos de recnaje
De indios, do llevaban la moneda,
E iban prosiguiendo su viaje,
Ya por zavana, ya por arboleda,
Y en el valle de Upar en buen paraje,
Parecióles mejor mudar vereda,
Teniendo por larguísimo camino
Guiarse por el término marino.

Sino, de su buen tino confiando,
Del cual estaban todos satisfechos,
Al Maracaibo ir atravesando
Por caminos que fuesen mas derechos;
Pues iban por la costa rodeando
Y opuestos á mas daños que provechos;
Y por tener por bueno su conceto
Todos se dispusieron al efeto.

Siendo pues la intencion de todos una,
Ya de comida mal apercebidos,
En la demanda van del alaguna,
De su derrota no muy divertidos;
Pero guiábalos mala fortuna
Para pagar los yerros cometidos,
Y así dieron en tierra tan sin gente,
Que no pudieron ver cosa viviente.

Prosiguieron el infelice curso
Mas número de dias que cuarenta,
Sin poder descubrir en el discurso
Contra su tan famélica tormenta
De yerbas ó de frutas un recurso,
Que en tiempo tal los miseros alienta;
Y el mas veloz y de mejor anhelo
No levantaba ya los piés del suelo.

Quien por zavano escombradas iba,
En lo limpio hallaba trompezones:
Una pequeña paja lo derriba,
Aire flaco le da mil empellones;
Ya la lumbre del sol les es nociva,
No pueden perceberse sus razones,
No se esfuerzan los pocos á los pocos,
Porque todos andaban como locos.

El que va prosiguiendo su camino,
Luego se torna acia donde sale,
Predominándolo gran desatino:
Riqueza llevan; pero ¿qué les vale?
Que mal puede hartallos oro fino,
Ni puede descubrir quien los regale,
Y aquel que hace rentas y vasallos
De tanto mal no puede libtallos.

En esta más que miserable vida,
A tanto las locuras se estendian,
Que humana compasion fué despedida,
Y enormes desconciertos acudian;
Pues para proveerse de comida
Mataban de los indios que traían:
Hecho que por maldad se solemniza,
Y al cristiano varon escandaliza.

Mal satisfecha la hambrienta saña,
Sigue su confusion el caminante,
Y aunque se daban todos flaca maña,
El oro se llevaba por delante,
Hasta venir á dar á la montaña
Del dicho Maracaibo circunstante,
Donde, por ser difícil la salida,
Esta gente quedó muy mas perdida.

El mas brioso se sentia laso,
El mancebo robusto desmayado;
Vasconia no podia ya dar paso
A causa de tener un pié llagado;
El resplandor del sol les es escaso
Por caminar por bosque muy cerrado;
Finalmente, que ya los flacos Martes
Allí se dividieron en dos partes.

Y á la raíz de un árbol señalado
El oro se dejaron abscondido,
De tal manera puesto y enterrado,
Que nunca hasta hoy ha parecido,
Aunque con diligencia fué buscado
Por Francisco Vanegas, advertido
Por uno destes, de quien diré luego,
Mas en el atinar estuvo ciego.

Quedó Vasconia pues con seis ó siete,
Y no sé cuántos indios en cadena,
Los cuales degolló crüel machete
Para manjar infame de su cena:
Un Francisco Martín y un Alderete,
Teniendo la comida por obscena,
Las pisadas signieron al instante
De los otros que van mas adelante.

Los que quedaron, sobre particiones
De pierua, pié, de mano, brazo, codo,
Tuvieron ciertas bregas y pasiones,
Pues Vasconia partia de tal modo,
Que daba muy escasas las raciones
A los otros, tomándose todo;
Y así, por no tener con él pendencia,
Huyeron los demás de su presencia.

Quedóse solo con furor horrendo
Do debió fenecer con mala suerte;
Los otros adelante van huyendo,
Temiendo cada cual que con su muerte
Había, ya despierto, ya durmiendo,
De ser mantenimiento del mas fuerte,
Pues la maldad á tanto se estendia,
Que del mayor amigo nadie fia.

Algunos del consorcio dividido
A Cucuta salieron juntamente,
Rio después acá muy conocido
De sierras deste reino descendiente;
De la barranca dél luego se vido
Canoa con dos indios solamente,
A los cuales, por seña conocida,
Demandaron socorro de comida.

Los indios, dos, de ver nuevo gentío,
Estuvieron confusos y perplejos;
Mas conociendo su hambriento pio
Con rostros que á la hambre son ajeos,
Bajaron con su leño por el río
Al pueblo que tenían poco lejos,
Y de lo que hallaron mas á mano
Recogieron batatas, yuca y grano.

Con otro muy mayor y mejor leño,
Volvieron ocho indios al momento:
El socorro que llevan es pequeño
Para lobo que viene tan hambriento,
Y los caribes nuevos que os enseño
Concibieron un torpe pensamiento,
Y fué tomar la gente comedita
Para que les sirviese de comida.

Llegaron pues los indios con simpleza
Y el español fué della tan ayuno;
Que les acometió con gran presteza
Con el furor hambriento é importuno;
Pero por su grandísima flaqueza
Ovieron á las manos solo uno;
Huyen los otros para sus cabañas,
No teniendo por buenas tales mañas.

Luego rompió las venas del cuchillo
Y aun la sangre les fué licor sabroso;
Y un soldado bestial, dicho Portillo,
Demás del hecho vil y crimoso
Lo hizo tal que no quiero decillo,
Por ser horrendo, feo y asqueroso,
Y tal que las entrañas seogadas
En ollito darán mil arqueadas.

Los miserables miembros repartidos
Desde los bajos piés á los cabellos,
Por no ser llenamente proveidos
Estos voraces y hambrientos cuellos,
Unos de otros fueron divididos,
Sin que nadie jamás supiese dellos;
Era su duro mal mas que penuria,
E ya no hambre sola, sino furia.

El Francisco Martín, ida la gente,
Sin culpa de crueldad y de locura,
Una balsilla hizo suficiente,
Juzgando selle cosa mas segura
Al beneplácito de la corriente
Ir donde lo llevase su ventura;
Y así fué nuestro triste navegante
En riesgo y en trabajo semejante.

Cercado de cien mil inconvenientes
Que el dudoso camino prometia,
Quiso Dios que topase ciertas gentes
Antes de le faltar la luz del dia,
En el lenguaje poco diferentes
De lengua de Cubagua que él sabia;
Hizoles entender por modo bueno
Ser indio natural de otro terreno.

Ansímismo les dijo que de guerra
Había sido preso de cristianos,
Los cuales lo sacaron de su tierra,
Pueblo que confinaba con los llanos;
Y agora, yendo por aquella sierra,
Procuró de librarse de sus manos,
Y que venía para ser captivo
Suyo los días que durase vivo.

Fácilmente por indio fué tenido,
Pues demás de la lengua que hablaba,
El pellejo traía tan curtido,
Que no indio, mas negro semejava:
Allí fué finalmente proveído
De la cosa que mas él deseaba,
Y el indio principal destes convenses
Lo tuvo por esclavo ciertos meses.

Este señor tenía cierta llaga,
Y el Francisco Martín, como vasallo
Que desea que dél se satisfaga,
Trabajó lo posible por curallo:
Pretende solo crédito por paga,
Y por justos respetos obligallo;
Y dióle Dios en esto tal ventura,
Que tuvo buenos fines esta cura.

En el oficio de la cirujía
No fué curado dél aqúeste solo;
Ningun premio le dan; mas todavía
La cura del señor acreditólo:
Tanto la fama desto se estendía,
Que lo tenían ya por dios Apolo,
Y venían de partes diferentes
A curarse con él algunas gentes.

Un cacique Bubur, como supiese
Que el otro de tal indio se servía,
Y grandes pesadumbres recibiese
A causa de una llaga que tenía,
Al itoto rogó se lo vendiese,
Prometiéndole por él justa valía:
Finalmente vinieron á conchavo
El itoto y Bubur sobre el esclavo.

Hubo muchos terceros en las ventas,
Y el itoto, de términos ruines,
Por dos sargas lo dió de ciertas cuentas,
Que no valían ambas dos tomínes:
Las partes satisfechas y contentas,
Con el Bubur se fué nuestro Martínez,
El cual, como tenía buena mano,
En brevisimo tiempo lo dió sano.

Viéndose restaurado de doliente,
Mostrósele el Bubur agradecido;
Y porque supo ser hombre valiente
Hízolo general de su partido:
Dióle indios, y diólo juntamente
A una hija suya por marido,
El cual, como mamó leche de España,
En guerra y paz se daba buena maña.

Y pues ya tiene levantada cresta,
Arco, macana, flechas y embijado,
Dejémoslo gozando de su fiesta
Y los regalos de recién casado:
Que dél diré después lo que me resta
En hallándome mas desocupado.
Volvamos al Ambrosio, que esperando
Estaba los que ya no tienen cuando.

Y así, por parecer muy espacioso
Vasconia, capitán, en su venida,
Vivia congojado y sospechoso
De la desgracia grande sucedida;
Y al Estéban Martín, varon famoso,
Rogó que apresurase la partida
Al Maracaibo, do tuviese lumbre,
Nuevas, ó relación ó certidumbre.

El Estéban Martín, como subyeto,
Con diez hombres, sin otra compañía,
Puso los mandamientos en efeto,
Sin torcer el camino que sabia;
Y así, con tiento de varon discreto,
Brevemente llegó donde quería,
Y donde, por indicios, fuerón ciertos
Vasconia y los demás ser todos muertos.

Visto pues el tardar no ser sin lloro
Y pérdida de gente castellana,
Y que la confianza de aquel oro
Para sus pretensiones era vana,
Despachó mensajeros para Coro,
Para Bartolomé de Santillana,
Con algun oro, con que proveyese
Gentes, caballos y lo que pudiese.

El cual, vistas las cartas del Estéban
Y apartando de sí ratos ociosos,
Hizo muestra del oro que le llevaba
A los que dél estaban cudiciosos;
Y así, para demanda dél, se ceban
Sesenta y dos soldados valerosos,
De los cuales fué Limpías y Sarmiento,
Hidalgo burgalés de nacimiento.

Recogido del término marino
El servicio que mas les agradaba,
Con el demás recado que convino
Y su jornada larga demandaba,
Al Maracaibo guían su camino,
Donde Estéban Martín los esperaba;
Y tres días después de su venida
Pusieron en efeto la partida.

Todos ellos con buen aviamiento
Van en prosecucion de su carrera,
Hasta que ya llegaron al asiento
Donde micer Ambrosio los espera;
Recebió crecidísimo contento
En vellos ya debajo su bandera,
Aunque con pesadumbre de la nueva
Que del dicho Vasconia se le lleva.

Viendo la gente pues aderezada,
Y el mas pesado dellos bueno y sano,
Quería ver el fin de su jornada,
Y no perder el tiempo del verano:
Mas por tener la pluma mal cortada,
Y no poco cansada ya la mano,
Quiero cobrar alientos y resuellos,
Que yo diré después lo que fué dellos.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar adonde está ahora poblada la ciudad de Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron.

Por sabios, avisados y discretos
Que sean los caudillos de las gentes,
Todos en sus gobiernos van subyetos
A votos de juicios diferentes;
Y no les faltan émulo secretos
Que dan sus pareceres entre dientes,
Principalmente si á los buenos hechos
El capitán limita los provechos.

Y así, por dilatar las particiones
Del oro que tenían recogido,
Y con dolor de aquellas perdiciones
Del otro que jamás ha parecido,
Eran continuas las murmuraciones
Con deseo de vello repartido,
Para que cada cual se proveyese
De lo que de su parte le cupiese.

Mas el gobernador con buen halago
La tal repartición entretenía,
Ni concediendo bien ni con amago
De no hacer lo que se le pedía;
Pero desea de hacerse pago
De lo que cada uno le debía,
Pues fué cierto gastar en aviallos
Muchas mercaderías y caballos.

Aquesta fué la principal asilla
Para se desgustar alguna gente,
Y entrellos un Anaya, de Sevilla,
Inquieto varon aunque valiente:
La demás era gente tan sencilla,
Quel negocio sufría blandamente,
Y al fin, sin repartir el oro fino,
Adelante siguieron su camino.

Del cual cualquiera parte que se ande
Hierva la gente de que estaba llena;
Falta quien para guerra se desmande,
No hallan escuadron que les dé pena;
Llegaron á beber del rio grande,
A quien llamaron de la Magdalena,
Cuyo nombre le vino por concierto
De ser en aquel día descubierta.

Por una y otra parte discurriendo
Camina sin cesar el marcio coro,
Los confines de Guane descubriendo,
Provincia de grandísimo decoro,
Por ásperos caminos descendiendo
A lo que llaman hoy rio del Oro,
Do las lucidas puntas de sus minas
Esceden en quilates las mas finas.

Estienden adelante sus carreras
Aquestos valerosos españoles,
Atravesando cumbres y laderas,
Asperisimos riscos y peñoles,
Hasta que ya pusieron sus banderas
En la zavana de los Caracoles,
A la cual, por los muchos que hallaron,
De semejante nombre la llamaron.

Pues en cierto rincón desta dehesa,
Estando ya con falta de alimento,
Congregación de aguas y represa
De caracoles dió gran cumplimiento;
Y en veinte días no gozó su mesa
De otro mas cabal mantenimiento,
Hasta tanto que Estéban Martín vino
Y trajo nuevas de mejor camino.

Dió noticia de grandes poblaciones,
Prolijas sementeras y labranzas,
Aparencias y representaciones
Del cumplimiento de sus esperanzas:
Alléntanse hambrientos escuadrones,
Compónense guerreras ordenanzas,
Afílanse las lanzas, las espadas,
Y á gran prisa caminan las jornadas.

No van por el camino sin encuentro
De grandes escuadrones de flecheros,
Y cuanto se metían mas adentro
Mas cantidad habia de guerreros:
Tuvieron un grandísimo recuento
Con indios que llamamos citareros;
Mas, á pesar de quien mas los baldona,
Al páramo llegaron de Pamplona.

Donde después acá, que no de guerra,
Sino de mansa paz todo se trata,
Han dado las entrañas de la tierra
Gran cantidad de oro sobre plata,
Y en el frio compás de aquella sierra,
Zavana rasa, montuosa mata,
Fria quebrada, claros vertederos
Convidan con riquisimos veneros.

Pero con increíble pesadumbre,
Al humano vivir incomportable,
Pues el glacial viento de su cumbre
No es á los humanos amigable;
Mas la continuación y la costumbre
Parece que lo hacen tolerable,
De tal manera ya que en su cultura
Arte templea rigores de natura.

Fué pues Ambrosio por lo mas supremo
Del páramo, sin dél hacer desvío,
Mas no se vió rigor del monte Hemo
Que nevase tan frigidísimo rocío;
Y como fuesen de calor extremo
A los extremos grandes deste frío,
Lo que no vencen bélicos calores
Vencieron frigidísimos temblores.

Pues muy en breve se quedaron yertos
No poca cantidad de los cristianos,
Muchos caballos, y ansímismo muertos
Mas de trescientos indios de los llanos,
Ladinos, sagacisimos, espertos,
Y de los españoles piés y manos;
Los cuales confiados del estío
Sus cueros solos eran atavio.

Y á todos fué muy gran inconveniente
Venir de lana mal apercebidos,
Y dar en tierra fria de repente
Con las ligeras ropas y vestidos
Que solían traer en la caliente,
Adonde con calor son afigidos;
Y así, de ver en poco tantos muertos,
De lágrimas arroyos van abiertos.

Ninguno ya por amistad espera,
El riesgo de sí propio conociendo,
Ocupando la muerte donde quiera
A quien se para y al que va huyendo,
Enseñando los dientes, de manera
Que se juzgara dél estar riendo,
Mas era de la muerte la divisa
Con extremo de la sardonía risa.

Con aquestos trabajos escesivos
Y quiebra-grande de vitales hilos,
No quieren aflojar de sus motivos,
Antes van afilando los estilos,
Hasta que las reliquias de los vivos
Allegaron al pueblo de los Silos
Nombrado de la gente forastera
Por los que ven aquí de su manera.

Donde los fatigados peregrinos
Tuvieron fuego, ropas y comida,
Contra la voluntad de sus vecinos,
Pues todos se pusieron en huida;
Porque la gente ya destes caminos
De tela de algodón anda vestida;
Y así fueron aquestas vecindades
Reparo para sus necesidades.

Quietos ya los grandes ventisqueros,
El buen gobernador luego procura
Que vuelva Limpías con sus compañeros
Al lugar donde fué la desventura,
Mandándole que fuesen hereberos
Los muertos de terrena sepultura;
Y llegados al páramo terrible
El Limpías hizo todo lo posible.

Enterrando del número caído
Un buen soldado, natural mancheño,
Cuando le desnudaban el vestido,
A fin de que tuviese nuevo dueño,
En el seno hallaron abscondido
Caricuri de oro bien pequeño;
Y cada cual que el hurto reconoce
Lo tuvo por delito muy atroce.

Por ser orden que lo que se hallase
Por cualesquiera vías y ocasiones
Ante el gobernador lo presentase,
Y al contador del rey diese razones;
Y aqueste, como no lo declarase,
Fué causa de cien mil murmuraciones:
Como si fuera menos que hurtado
Lo que todos habían declarado.

Sepultados los del cristiano bando,
Ambrosio con los sanos escuadrones
A Cucuta se fué luego llegando,
Entonces de crecidas poblaciones;
El hilo del vivir le van cortando
Domésticas ó bárbaras naciones,
Pues entre muchos dura la sospecha
Haber sido traición y maldad hecha.

Caminando con todo buen recado
La vuelta deste valle cierto día,
Antes de descender á lo poblado
La claridad del sol se despedía,
En tal manera, que les fué forzado
Parar en un loma poco fría:
Los indios, viendo nuestro campo quedado,
El no bajar juzgaron ser de miedo.

Luego los arcos rústicos aprietan,
Porque jamás buscaron otro muro,
Y en efeto consultan y decretan
Ser negocio mejor y mas seguro
Acometelles antes que acometan
O ya con claridad ó con oscuro;
Con este parecer secretamente
Por el monte se van á nuestra gente.

El Ambrosio, persona recatada,
Con Estéban Martín y seis soldados,
Salieron á velar la madrugada,
Que nunca ser quisieron reservados;
Y dicen descubrir una celada
De los indios que tengo declarados,
Los cuales sin hacer sus algazaras
Arronjaron gran número de jaras.

Entraron do sintieron el ruido
Cada cual de los dos determinado,
Y cada cual valiente y atrevido;
Mas fué superior siniestro hado;
Pues Estéban Martín salió herido,
Y el buen micer Ambrosio degollado
Por la punta cruel de seca planta
Que las venas rompió de la garganta.

Por algunos allí se presumia
Aquel golpe no ser indica mano;
Mas esto sea por cualquiera via,
No pudo dale cura cirujano:
Finalmente, duró tercero día
Haciendo diligencias de cristiano;
Y por morir allí tan cabal hombre,
Al valle le quedó su mismo nombre.

Todos mostraron tierno sentimiento,
Y no faltaron ojos lacrimosos
Ansi de los de sano pensamiento,
Como de los que fueron sospechosos.
Hicieron pues humilde monuménto
Debajo de unos árboles umbrosos,
Y en la corteza que mas tierna era
Una letra quedó desta manera:

*Præbuit Alfinger patriam Germania nobis,
Tellus in hac silva barbara corpus habet.
Confixum telis sequitur me hæc sola voluptas,
Cultorum Christi protinus esse sedem.*

En Alfinger fué nacido	Muerto de crueles manos,
Una ciudad de Alemaña:	De los placeres humanos
Tierra bárbara y estraña	No llevó mayor placer
Tiene mi cuerpo abscondido	Que morir donde ha de ser
En medio desta montaña.	Habitación de cristianos.

Los tristes funerales concluidos,
Segun mejor pudieron de presente,
Viéndose todos mal apercebidos
De lo que mas les era conveniente,
Los españoles ya diminuidos
De indios grande número de gente,
Para ver lo que cada cual apunta
De todos ellos juntos hubo junta.

Guardado de los votos el decoro,
Segun la cualidad de los soldados,
Determinaron de partir el oro
Por árbitros en esto señalados;
Y juntamente de volver á Coro
Para venir mejor aderezados,
Y demás desto que nombrado fuese
Capitán general que los rigiese.

No faltaba quien los inquietase
Cerca de la eleccion que se hacia,
Como ya cada uno procurase
Salir con lo que mas le convenia:
Al fin se concertó que gobernase
Pedro de San Martín, y fuese guia
El Estéban Martín, de cuya lanza
Se podia tener gran confianza.

El cual se dió tan admirable maña,
Sin vencerse jamás de desatino,
Que rompiendo por áspera montaña
Ahorró prolijísimo camino:
No les faltó también guerrera saña
En las provincias por adonde vino,
En un grande cercado mayormente
Donde se recogia mucha gente.

Do como fuesen faltos de comida
Y esperasen rancheo de provecho,
Para la dicha cerca ser rompida
Determinaron de poner el pecho:
Fué por el un cuartel acometida,
Teniéndose por fácil este hecho;
Mas el indio feroz y belicoso
Manifestóles ser dificultoso.

Pues los que defendian la barrera
No se mostraban flacos defensores,
Antes si bien pelean los de fuera,
Los de dentro no quieren ser menores;
Ninguno de victoria desespera,
Todos pretenden ser superiores;
Si lanza hiere por la junta estrecha
También lastima venenosa flecha.

Querian pues allí rayos dorados
Bajo del horizonte recogerse,
Y nuestros españoles fatigados
Acordaron también de retraerse,
Viendo los indios fieros y esforzados
Con determinacion de defenderse;
Pero con intencion siguiente día
De volver á la bélica porfia.

Velóse bien la gente castellana,
Sin los indios tener ratos ociosos;
Y cuando vieron ya la luz temprana
Los ojos que durmieron cuidadosos
De lo que han de hacer á la mañana,
Recogen instrumentos belicosos,
Para volver las manos á la obra,
Que ya no podrá ser sin gran zozobra.

Guarnecen las cabezas con celadas,
Los cuerpos con los sayos estofados,
Las lanzas en las manos preparadas,
Y los caballos bien encubiertos:
Peones llevan hachas afiladas
Para cortar los palos apretados,
De los cuales algunos llevan prestas
Algunas escopetas y ballestas.

Desta manera pues apercebidos
Los soldados y los que los subyetan,
A cuatro capitanes sometidos,
Que el combate consultan y decretan,
Fueron por cuatro partes repartidos,
Porque por otras tantas acometan:
El factor San Martín tomó el oriente,
El Estéban la parte de occidente.

Pedro de Limpias va por do le place,
Guiado de sus propias opiniones,
Monserrate también lo mismo hace;
Y todos los demás eran varones
De quien raro valor se satisface
En las mas importantes ocasiones;
Y hechas las señales que prometen
Con la trompeta, todos acometen.

Los bárbaros no menos están prestos
Por su defensa de poner la vida,
Pues de dardos y flechas bien compuestos,
En viendo nuestra gente repartida,
Acudieron á todos cuatro puestos
Con una prontitud jamás oida:
Crian feroces brios impaciencia,
Y los temores viva diligencia.

Como si nao remanece rota
En alguna grandísima refriega,
Do la gente se turba y alborota
De ver que á mas andar se les aniega,
Y al timon, á la bomba y al escota,
No reposa la gente ni sosiega,
Andando con hervor los oficiales
Con unos y otros y otros materiales:

A su defensa van aun no tan tardos,
Sino mas diligentes y lijeros,
Con guaiacas, flechas, piedras y con dardos,
Gruesos puntales, leños y maderos,
Para que les sirviesen de reguardos
Si hiciesen portillos y agujeros;
Los niños, las doncellas, las mujeres
También acuden á los menesteres.

Rompe los aires grande vocería;
El indio vierte sangre y el cristiano;
Un punto no reposa la porfia,
Ni defensa del bárbaro villano,
Pues por parte que palo se rompía
Otros muchos tenían á la mano;
Auméntase hervor á la pelea
Por hacer cada cual lo que desea.

El Anaya, Pancorvo y un Castillo,
Persona cada cual acreditada,
Cuyo esfuerzo y valor no fué sencillo,
Fueron por una parte descuidada
Do pudieron hacer un buen portillo,
Por el cual entran en la palizada
Anaya y Casamirez con rodela,
Sin illes los demás á las espuelas.

Porque sentidos los guerreros dolos,
Ya cuasi dentro cinco combatientes,
Gran multitud de indios perturbólos
Con tan impetuosos accidentes,
Que Anaya y Casamirez quedan solos
Entre mortíferos inconvenientes;
Y fué luego la rota palizada
En aquel mismo punto remediada.

Los dos toros están dentro del coso,
De crueles alanos rodeados,
En estacada puestos y en un foso
Donde de todas partes son picados:
No tigre, no leon, no feroz oso,
Al tiempo que se ven mas fatigados,
Hacen tan fieras sus arremetidas
Cuanto los dos por escapar las vidas.

Ensangrentados van pechos y golas,
Tintas de las entrañas circunstantes,
Do las agudas armas españolas
Por todas partes andan penetrantes:
Pero ¿qué pueden ser dos almas solas
Entre tan gran caterva de gigantes?
Socorro pues ninguno puede dallo,
Eso me da peon que de caballo.

Tal número de sangre va vertida,
Que el cercado les es anegadizo;
Pero no puede ya dalles la vida
Sino la potestad del que los hizo;
Porque de flechas hay gran avenida,
Y piedras mas espesas que granizo:
No tienen ya rodela en los brazos,
Que ya se las han hecho mil pedazos.

A los dos finalmente dividieron
Los inpetus terribles de la gente,
Y al Anaya tan gran golpe le dieron
De macana por medio de la frente,
Que con la fuerza del allí salieron
El ánima y los sesos juntamente:
Casamirez también luego dió el alma
Con punta dura de tostada palma.

No menos acullá la furia arde,
Y el Estéban Martín punto no cesa
De dar calor al español alarde
Dándole de victoria ya promesa;
Pero para los dos llegarán tarde
Aquellos que se dieron mayor priesa;
De la misma manera Monserrate
Con grande furia sigue su combate.

Quel daño visto, para remediallo
Fué poseído de furor y saña,
Y los que son con él, por contentallo,
Se dieron en romper tan buena maña,
Que pudo bien entrar con el caballo,
Y tras él juntamente su compañía:
Ya haciendo bien anchos los lugares,
Rompiendo con su lanza los ijares.

Acuden españoles al instante
Hallando por allí lugar abierto;
Monserrate pasó mas adelante
De lo que requería buen concierto,
Teniendo para sí ser él bastante
Para matar y no para ser muerto;
Y así con esta loca confianza
Hacia gran estrago con su lanza.

No se vió caballero menos tardo
En el acometer ni mas ardiente;
Andando pues sin esperar reguardo
En riesgo y en peligro tan patente,
De gigantea mano vino dardo
Que del caballo traspasó la frente;
Empinósele luego muy derecho,
Y de espaldas cayó sobre su pecho.

A socorrello van con diligencia,
No sin grande trabajo de los brazos,
Mas fué tan vigorosa resistencia
Y tantos los guerreros embarazos,
Que primero llegó fatal sentencia
Haciéndolo los indios mil pedazos;
En los cuales también espada y lanza
Hicieron crüelísima matanza.

Andan por el cercado los rigores
Que suelen ser anejos á guerreros,
Lastimados de grandes sinsabores
Por muertes de queridos compañeros;
Al fin sus casas dejan moradores
A los advenedizos y estranjeros,
Y demás de la gente fugitiva
Un número bien grande fué captiva.

Los daños recebidos descubiertos
Por los que son señores del estancia,
Fué, por no se tomar buenos conciertos,
La pérdida mayor que la ganancia;
Porque sin los heridos, fueron muertos
Diez hombres de grandísima sustancia,
A los cuales hallaban todos menos
Por ser tan valerosos y tan buenos.

Qemadas casas, mucuras y tures,
Atravesaron por aquella via
Rompiendo con machetes y seguros
La montaña que se les ofrecia:
Llegaron pues á tierra de Bubures
Donde Francisco Martín residia,
El cual de parte de indios comarcanos
Tuvo noticia cierta de cristianos.

Certificado de lo que desea
Para de su vivir hacer mudanza,
Convocó capitanes á pelea,
Hizo hacer alarde y ordenanza,
Y congregada bárbara ralea
Les dijo: «Cerca tengo mi venganza;
Por tanto quien me quiera por amigo
En este menester vaya conmigo.»

«Estos mis capitales enemigos
Huélgome que me vengan á las manos,
Para hacer en ellos los castigos
Que merecen sus hechos inhumanos;
Pues ellos me quitaron mis abrigos,
Y privaron de padres y de hermanos,
Y me trajeron preso y en cadenas
A ver y conocer tierras ajenas.»

«Mi destruccion y sanguinoso daño
Agora lastarán con fin de vida,
Ya con abierto mal, ya con engaño,
Si hiciere con ellos paz fingida;
Y vosotros vereis cómo maraño
Los hilos de su tela bien tejida.»
Y aquestas prevenciones así hechas,
Armóse de macana y arco y flechas.

Púsose tal que no lo conociera
Padre ni madre, hijo ni pariente;
Y para su postura ser mas fiera
Con bitumen untó hasta la frente,
Pues la cubierta de sus miembros era
El bermellon ó bija solamente;
Ya luego con la gente de sus partes
En busca de cristianos estandartes.

Y como cerca dellos se hallase
Un río de por medio, de buen trecho,
Antes que el dicho río se pasase
Hízoles entender ser mas provecho
Que la caterva sola se quedase,
Para hacer á solas el asecho,
Y que ninguno dellos se moviese
Del puesto hasta tanto que él viniese.

Al tiempo que iba por el espesura
Para salir al río ya nombrado,
En la misma sazón y coyuntura
Fernando de Alcocer habia pasado
Con diez cristianos, por tener segura
La ribera contraria de aquel vado,
Para que por los indios del paraje
No se les perturbase su pasaje.

Yendo pues mas adentro con la gente,
Por mas asegurarse deste miedo,
Con el Francisco dieron de repente;
Fernando de Alcocer y un Escovedo
Arremeten á él incontinente,
Y el Francisco Martin estuvo quedo,
Haciendo con las manos altas luego
Señas de paz y muestras de sosiego.

Holgóse la cristiana compañía
De vello tan pacífico y tan quieto,
Reconociendo que de paz venia
Y ser muy principal en el aspeto:
Tractáronlo segun que convenia,
Y tuvieron todos buen respeto,
Con el cual se vinieron allegando
Al vado que los otros van pasando.

Y él de su voluntad lo mismo quiso,
Sin ser de los soldados compéldo,
Mas aquel que lo via de improviso
A gran admiracion era movido:
Al Estéban Martin dieron aviso
Del indio que de paz era venido,
Para que como lengua declarase
Lo que dél conociese y alcanzase.

El cual, después de habelle preguntado
Quién es ó de qué parte se divierte,
En nuestro castellano bien cortado
Dió luego la respuesta desta suerte:
«Soy Francisco Martin el desdichado,
Cursado bien en tragos de la muerte,
La cual no me daría ya molestia
Viéndome donde dejó de ser bestia.

»Inmensas gracias doy á aquella fuente
De donde mana toda cosa buena,
Pues vino sobre mí con el torrente
De su clemencia con merced tan llena,
Que salgo del desorden desta gente,
De cuanto puede ser virtud ajena,
Pues puedo decir dellos en su mengua
Ser bestias que se entienden por la lengua.

»No porque en el hablar sean perfectos,
Porque torpezas son y devaneos:
Solamente declaran sus concetos,
Cuál es su no querer ó sus deseos;
Y aquesto no por términos discretos,
Sino por confusisimos rodeos,
Pues que para decir dulces ó amargas
Tardarán en hablar dos horas largas.

»Sin orden, sin concierto, sin templanza,
Porque ninguno dellos esta sigue,
No tienen ley, ni fuero, ni ordenanza,
Ni cosa que á vivir bien los obligue:
Cada uno se toma su venganza,
Si puede, sin juez que lo castigue:
¿Qué sentiría yo pues de mí mismo,
Entre tan mal compuesto barbarismo?»

Finalmente les dió razon y cuenta
De lo que les habia sucedido
En aquella famélica tormenta
Do los demás habian perecido;
Y escuchando la gente descontenta
Razones que lastiman el oido,
Cada cual procuró que se le diese
Ropa con que sus carnes encubriese.

Cuál le daba camisa, cuál sombrero,
Cuál el cosete viejo que vestia,
Cuál calzado de hilo, cuál de cuero,
Cuál de las alhauelas que traia;
Finalmente que cada compañero
Daba de la pobreza que tenia,
Y no tan solamente de vestido,
Pero de lo demás fué proveido.

Mas antes de dejar arco y aljaba,
Y aquel ligero traje de floresta,
Fué do la gente de indios esperaba
A dalles de lo visto la respuesta:
Dijo no ser la gente que pensaba,
Sino buena, leal, grata y honesta,
Y de cuyos respetos y templanza
Tenia toda buena confianza.

Y que no la tuviesen ellos menos,
Porque también á estos conocia
De virtud y modestia todos llenos,
Y no como los otros que él decia;
Que los fuesen á ver, pues eran buenos,
Hidalga y apacible compañía;
Y para los vencer con su consejo
Mostróles ciertas cuentas y un espejo.

Ellos sin repugnancia ni debate
Cumplieron del Francisco los intentos;
Los nuestros, para que de paz se trate,
Hiciéronles muy buenos tractamientos,
Dándoles menudencias de rescate
Con que quedaron ledos y contentos;
Para sus casas luego se aperciben
Donde de buena gana los reciben.

En los cuales asientos y estalaje
Fueron algunos dias detenidos,
Y para lo restante del viaje
Mas que medianamente proveidos.
Allí mudó Francisco Martin traje,
Y usó de nuestras ropas y vestidos,
Y supo su mujer, y suegra, y suegro
Su buen yerno no ser indio ni negro.

Ni deseaban yerno por vecino
Que supiese jamás andar vestido;
Mas cuando se partió y el tiempo vino
Que su deseo viese ya cumplido,
Sirviendo quiso ir por el camino
La hija del Bubur á su marido;
La cual india salió tan cómedida,
Que le sirvió muy bien toda su vida.

De su peregrinar siguen el resto,
No sin grande deseo de sosiego;
Y como fué jornada desde puesto
Que no les pudo dar camino ciego,
En Maracaibo se pusieron presto,
Y á la ciudad de Coro fueron luego,
Do quedó Santillana por justicia,
De quien dimos atrás larga noticia.

Contra quien no faltaban indignados,
Como suele tener cualquier que manda,
Mayormente si los desvergonzados
La mano del juez no sienten blanda;
Tenia Coro pues amancebados,
Y estos la noble gente de su banda,
Y el dicho Santillana como bueno
Procuraba ponelles algun freno.

Para vengarse del rigor amargo
Hallaron estos el lugar abierto,
Y fué decir que ya no tiene cargo,
Pues el que se lo dió quedaba muerto;
El dicho Santillana, sin embargo,
Procedía por orden y concierto;
Mas aunque por mil vias se repara,
En efecto quitáronle la vara.

Pusiéronle también duras prisiones,
Puesto que pareceres hubo varios,
Y las grandes revueltas y pasiones
Enhilaron negocios no sumarios:
Hicieron contra él informaciones
Al beneplácito de sus contrarios;
Hubo testigos tales y tan duros
Que les averiguaron ser perjuros.

A los cuales después, dias siguientes,
Siguió por tales vias y maneras,
Que hizo desterrar y quitar dientes,
Y algunos condenar para galeras,
Sin vaelles amigos ni parientes;
Por tomar los negocios tan de veras,
Que quiso después ir por su presencia
Contra ellos á la real audiencia.

De do como tuviesen ya noticia
De todas las pasiones sucedidas,
Vino con cargo de real justicia
Y obispo, don Rodrigo de Bastidas;
El cual, reconociendo la malicia,
Y las cosas sin orden proveidas,
Como venia con intencion sana
Mandó luego soltar al Santillana.

Procuró mitigar enemistades,
Como varon muy bien intencionado;
Plantó su catedral con dignidades,
Y planta y ereccion de buen prelado,
Haciendo las demás solemnidades
Anejas á tan inclito cuidado;
Y puestos frenos á la gente suelta
Para Santo Domingo dió la vuelta.

Quedó por provisor don Joan Robledo,
Chantre y después dean de Venezuela,
Que yo comuniqué con verso ledo
Y prosa desde el Cabo de la Vela;
De otra dignidad decir no puedo
Sino del padre Fructos, de Tudela,
En aquella provincia bien antiguo
Y que también yo tuve por amigo.

Y porque los de Coro por entero
Tuviesen de justicia cumplimiento,
Dejóles por juez un caballero
Con quien tuvieron gran contentamiento:
Este es Alonso Vazquez, tesorero,
Hombre de muy cabal entendimiento,
Cuyos gobiernos y judicatura
Fueron de gran valor y gran cordura.

Bien pudiera tocar mi baja lira
Otros muchos negocios sucedidos;
Mas por algun espacio se retira
A la reformation de sus sentidos,
Hasta que Fedrimán y George Espira
A la gobernacion sean venidos;
Y pues he de tocar cosas de espanto,
Quiero templar sus cuerdas entre tanto.

ELEGIA II.

A la muerte de George Espira, cuarto gobernador
de las provincias de Venezuela.

CANTO PRIMERO.

Después del sacrosanto nacimiento
Y aquella felicísima venida,
El sol, segun su propio movimiento,
Había dado por igual medida
Treinta y seis vueltas con quinceno ciento
Al círculo que llaman de la vida,
Pues de sus movimientos se deriva
Al mundo la virtud generativa.

Cuando con vuelo mas que presuroso,
La fama, como ya tiene de maña,
Hizo luego patente lo dudoso,
Estendiendo por tierras de Alemaña
El remate de Ambrosio trabajoso;
Y los señores de la gran compañía
Nombraron por estar mas á la mira
Por su gobernador á George Espira.

Pues aunque Fedrimán fué pretendiente,
Y con razon el cargo se le deba,
No se halló parece ser presente
En aquel tiempo que llegó la nueva;
El cual de capitán muy escelente
Había dado ya bastante prueba:
Formó sus quejas á la compañía
Del gran agravio que se le hacia.

Aquella gente noble le confiesa
El ser justificadas sus razones,
En secreto haciéndole promesa
Enviarle bastantes provisiones;
Y pues aquello de presente cesa
A causa de perder las ocasiones,
Volviése con el otro caballero
Como coadyutor y compañero.

Embarcóse con esta confianza
En la flota que vino George Espira,
Espira sin recelo de mudanza,
A lo que Nicolao mas aspira;
Por términos urbanos y crianza
Cada cual se respecta, tracta y mira,
Y á Coro, donde van encaminados,
Llegaron con gran copia de soldados.

Hombres de mucha suerte, de los cuales
Musior de Radou era gran hombre,
Y el alférez que fué Martin Gonzalez,
En los hechos hidalgo y en el nombre;
Los dos Velascos, hombres principales,
Y dignos de tener este renombre,
Franciscos ambos, tío y el sobrino,
Que en Cubagua después fué mi vecino.

Del número también desta reseña
Fué Cárdenas, insigne caballero,
Sancho Briceno, Alonso de la Peña,
Después en la Española tesorero,
George de Almeda, Pedro de Nurueña,
Y Lope de Montalvo, muy entero
En paz y en belicosa coyuntura
Y varon de grandísima cordura.

Y con los que saltaron en el puerto
Fué parte no menor de la cuadrilla
Un Peña, que llamábamos el Tuerto,
De gran valor para cualquier rencilla;
Fué Murga, Santa Cruz y fué Roberto,
Y destos mismos fué Joan de Bonilla;
Joan de Villegas, hábil escribano;
Diego de Montes, diestro cirujano.

Y célebre varon en medicina,
Que de yerbas halló grandes secretos,
Con cuya propiedad a la continua
Obraba saluiferos efectos,
Y también en guerrera disciplina
Fueron maravillosos sus concetos:
Vinieron otros muchos, que no cuento,
Soldados de grandísimo momento.

Poco tiempo después de la venida,
Estos gobernadores diligentes
Se concertaron para la salida
A descubrir por partes diferentes;
Entrellos fué la gente repartida,
Pero los baquianos conocientes
Del dicho Fedrimán él se los lleva,
Y al Espira siguió la gente nueva.

De los viejos llevó como sesenta,
Y al Estéban Martin por su gran tino,
Y por saber que de cualquier afrenta
Lo podía sacar en el camino;
Llevó, por ser persona de gran cuenta,
A Martin de Artiaga, vizcaino,
Y á otro capitán, Joan de la Puente,
Lengua de caquetios escelente.

De gente que llamábamos isleña,
Por nombres no sabré decir el resto;
Mas era principal en la reseña,
Y en hechos valerosos el mas presto,
El capitán Guziere de la Peña,
Que fué mariscal mucho después desto,
De cuya discrecion y fuerte Marte
He hecho relacion en otra parte.

Para regir el campo peregrino
El mas viejo Velasco fué teniente,
Alférez ansimismo su sobrino,
Capitán de jinetes desta gente
Fué Lope de Montalvo, varon dino
De muy mas alto cargo y emfente,
Y de los otros hombres principales
Nombraron los restantes oficiales.

Espira pues, con el aviamento
Que para su viaje le convino,
Su derrota llevó por barlovento
De Coro, y Fedrimán hizo camino
Al dicho Maracaibo, con intento
De no dejar el término marino
Hasta ver y saber si le llegaba
Despacho del gobierno que esperaba.

Salió pues George Espira mas pujante
Con quinientos soldados chapetones;
Doscientos dellos envió delante,
Que van por las serranas poblaciones
Con tres caudillos, cada cual bastante
Para regir mayores escuadrones:
Estos iban con orden y decreto
Que saliesen á Barraquicimeto.